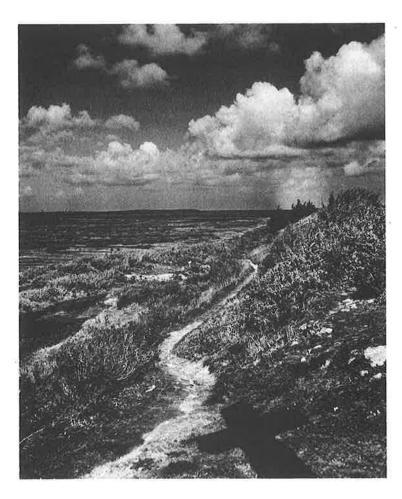
XVª estación



Las catorce fotografías del Devoto Cristo forman el Via Crucis de la iglesia de Lafourguette de Toulouse desde 1958. Junto con la reproducida

en esta misma página forman la serie denominada GOLGOTHA.

El autor de la imagen del Devoto Cristo grabado en madera nos es desconocido. Desde 1955, es posible afirmar el origen renano del artista por analogía a otros cristos: el de la catedral de Colonia o el de Andernach fechado en 1310. La cruz renana tiene forma de horca. Los catalanes la transformaron en el siglo XIV en cruz latina. En efecto, se puede ver claramente en el «palo» la traza de los dos brazos de la horca cortados en su

Según la leyenda, había podido verse el precioso icono recogido por una red de pescador... Es más juicioso pensar en las conquistas que lo trajeron al país catalán.

Los artistas renanos, en esa época de profundas emociones psíquicas provocadas en el año 1300 por la aparición de los flagelantes y la peste, tradujeron esa atmósfera de gran temor y de fin de mundo mediante imágenes de fuerte significado.

«Es un mundo que nace, nos dice Pierre Saury, donde el exceso mismo de desesperanza sirve de esperanza, como alguien que se desahoga llorando con todas sus fuerzas. La imagen de la Pasión domina a todos los místicos alemanes y «el árbol de Dios» simboliza el sufrimiento: quieren sufrir en su carne los propios sufrimientos de la Pasión de Cristo. El Salvador deja correr su sangre al lagar donde se mezcla con el

En 1529, cierto M. Pagès donó el Devoto Cristo a la catedral de Perpignan donde, desde entonces, el capítulo lo muestra en la capilla Saint-Jean construida expresamente.

Durante la interminable procesión de la «Sanch» (sangre). el jueves santo, el Devoto Cristo descendido de su capilla preside ante la puerta de la catedral.

Los fieles están allí en gran número para tocarlo. En esta atmósfera, no se puede dejar de pensar en los orígenes de esta escultura que muy bien podía haber sido catalana.

El Devoto Cristo ha sido siempre obieto de una gran veneración. Esta obra tan expresiva, que traduce de una manera sobrecogedora el sufrimiento de Cristo, ha creado tal emoción en la mente de la masa, que le han sido atribuídos milagros.

También dice la leyenda que, cada año, la cabeza de Cristo se inclina imperceptiblemente y que marcará el fin del mundo cuando el mentón toque el pecho...

Dejamos su leyenda a esta emocionante Cataluña tan bella.

Como todos, yo fui especialmente atraído por esta obra singular y la fotografié en 1952.

Mi intención, como en todo el resto de mis fotografías de escultura y arquitectura, no fue transfigurar la obra, sino simplemente penetrarme de la emoción del artista, respetar su entusiasmo, su fe y dejarme guiar por ellos.

IEAN DIEUZAIDE

Archipiélago, con esta nueva sección, pretende llamar la atención sobre ciertos libros excepcionales (al margen de su consideración como novedades) cuya especial significación pueda haberse visto diluida en la general insignificancia a que fatalmente conduce la actual barahúnda informativa, libros que decididamente vale la pena leer y comentar.

De cada uno de ellos recogeremos varias opiniones o análisis, que en el caso de éste de K. Polanyi, que inaugura la sección, son dos: una, la de un ecólogo/economista como J.M. Naredo —de cuyo La economía en evolución habremos de ocuparnos en estas mismas páginas-; otra, la arrancada (literalmente) a un antropólogo, al que respetamos el deseo de no firmar su escrito.

BIBLIOTECA / 1

La gran transformación KARL POLANYI



Eds. La Piqueta, Madrid, 1989.

141

COMENTARIOS QUE SUSCITA LA REEDICIÓN DEL LIBRO DE KARL POLANYI.

José Manuel Naredo

El libro de Karl Polanyi, La gran transformación (que vio la luz en 1944) es una obra que podríamos considerar clásica, en razón de sus interpretaciones sobre antropología e historia antigua, pero también de aquellas otras menos conocidas sobre la sociedad contemporánea. Resulta así gratificante encontrarse con una traducción tan cuidada como la presente que contribuye a divulgar la obra de este librepensador en un momento particularmente propicio.

En efecto, cuando la crisis de los intervencionismos tanto de corte keynesiano como marxista hizo que resucitaran con renovado ahínco los cantos de sirena del liberalismo, que tras la crisis del 29 se habían visto arrinconados, parece oportuno rememorar obras como ésta que desmitifican seriamente la interpretación decimonónica del mundo practicada desde el prisma de la noción abstracta de mercado. Esta desmitificación afecta tanto a la interpretación de la historia, como de la

BIBLIOTECA / 1: La gran transformación KARL POLANYI

naturaleza de la sociedad contemporánea, de sus

Respecto a la importancia de los temas a tratar, este libro pone de manifiesto que el móvil de la ganancia individual, propiciado por la idea de que la "mano invisible" del mercado lo reorientaría hacia el bien común, desató mecanismos sólo comparables, por sus efectos, "a la más violenta de las explosiones de fervor religioso que haya cono-

conflictos y de la posibilidad de reformarla.

cido la historia".

Con el riesgo que supone resumir las tesis centrales de este libro, yo lo haría señalando las dos siguientes: Primera, la idea abstracta de un mercado autorregulado en el que los participantes van en pos del lucro, no es algo consustancial a la naturaleza humana, de ahí que hubiera que implantarlo a sangre y fuego, recurriendo para ello a toda la fuerza del aparato del Estado. Segundo, como el propio Polanyi afirma, "la tesis defendida" aquí —en el libro— es que la idea de un mercado que se regula a sí mismo era una idea puramente utópica. Una institución como ésta no podía existir de forma duradera sin aniquilar la sustancia humana y la naturaleza de la sociedad, sin destruir al hombre y sin transformar su ecosistema en un desierto. Inevitablemente la sociedad adoptó medidas para protegerse pero todas ellas comprometían la autorregulación del mercado, desorganizaban la vida industrial y exponían así la sociedad a otros peligros".

En lo que concierne a la primera de estas dos tesis, hoy se sabe que la evolución del comportamiento humano fue por completo opuesta a lo que los economistas del siglo XIX pensaban. La interpretación tradicional de estos economistas (de la que todavía permanecen prisioneros los manuales de economía) se basaba en la idea de Adam Smith de que todo individuo se veía espoleado, desde la cuna hasta la tumba por el afán de mejorar su situación, que se traducía, en las sociedades actuales, en un afán de enriquecimiento monetario y, en sociedades anteriores (sin dinero) empujaba hacia el intercambio desde móviles exclusivamente utilitarios (trueque). Al comportarse como mercaderes todos y cada uno de los individuos, la sociedad en su conjunto podía ser considerada -según Smith- como una sociedad mercantil y como tal podía razonar la economía sobre ella.

MARYIN HARris

Sin embargo algunos estudios de antropología como el "Ensayo sobre el Don" de Marcel Mauss o los trabajos de Malinowski, tan ampliamente citados por Polanyi, empezaron a acreditar en el primer tercio de este siglo, que el potlach, donación de regalos sin contrapartida, era la forma predominante de intercambio en las sociedades llamadas primitivas, en vez del trueque. Así, entre las numerosas formas de intercambio Malinowski anotó en sus diarios de campo sólo una, y no la más importante, podía considerarse como trueque con finalidad utilitaria. Polanyi supo apreciar tempranamente el interés de este tipo de elaboraciones aisladas que sintetizó e impulsó apareciendo como cabeza visible de una corriente de investigación que, a partir de evidencias empíricas, relativizó la vigencia y el interés explicativo de esta noción de mercado autorregulado. Esta corriente cuya publicación más conocida fue el volumen colectivo editado por Polanyi bajo el título Comercio y mercado en los imperios antiguos (hay traducción en Ed. Labor) se vio reforzada por trabajos posteriores como los de Pierce Clastres (La societé contre l'Etat, 1974) o Marshall Sahlins (Stone age economics, 1972) que son de referencia obligada no ya entre los especialistas, sino entre las personas cultas en general. Sin embargo el hecho de que la formación de los economistas transcurra al margen de esta literatura es un claro indicador del neoscurantismo originado por unos conocimientos cada vez más compartimentados e inconexos. La reedición de la obra comentada viene a contrarrestar oportunamente este neoscurantismo: cuando el reciente fervor liberal induce de nuevo a atribuir desmesuradas pretensiones de generalidad y de bondad a la idea del mercado autorregulado, parece oportuno recordar que la vigencia de esta idea fue más bien la excepción que la regla en la historia de la humanidad y que sólo logró imponerse en el siglo XIX utilizando la coacción del Estado e imponiendo grandes penalidades que Polanyi se encarga de analizar. (antinov

En suma, que durante la mayor parte de la historia de la humanidad la economía estaba inmersa en las relaciones sociales, los intercambios locales y a la larga distincia se guiaban por criterios diferentes y generalmente inconexos, no existiendo un mercado nacional. En estas condiciones, los mercados autorregulados podían conBIBLIOTECA / 1: La gran transformación KARL POLANYI

siderarse como apéndices ajenos a la sociedad y el análisis institucional aparecía como el camino obligado para comprender el funcionamiento económico. Pero en el siglo XIX se empieza a invertir la situación: el afán misionero con el que se extendió la buena nueva del mercado, unido a la expansión de la empresa capitalista, hizo que se acabara imponiendo e invadiendo todo el cuerpo social. Ello hasta el punto de que si antes la economía venía configurada por los rasgos sociales e institucionales específicos de cada pueblo, después la institución del mercado autorregulado pasa a ocupar un lugar central elimando toda especificidad y sometiendo a ella todo el cuerpo social. Con lo cual se plantean serios problemas y contradicciones que obligan a la sociedad defenderse frente a la institución del mercado cuya plena implantación parecía deseable. El análisis de estos conflictos constituye, a mi juicio, el tema más importante, novedoso y actual que aborda, a partir de las elaboraciones histórico-antropológicas antes mencionadas, la obra objeto de estos comentarios. A ellos se referían los párrafos del autor, inicialmente transcritos.

Según Polanyi el conflicto fáustico en el que se mueven las sociedades que implantaron esa idea utópica de mercado autorregulado, procede principalmente de los problemas derivados de dar el tratamiento de mercancías a tres conjuntos de cosas que no se originan como tales, en el sentido que no se producen para ser vendidas. Estas tres cosas son el dinero, el trabajo y la tierra. Respecto a la primera de ellas, el dinero, Polanyi analiza la crisis y abandono definitivo del patrón oro, impuesto por la necesidad de que la política económica pueda ejercer su control sobre el mercado monetario, a fin de evitar experiencias tan catastróficas como la de la crisis de 1929 que en otro caso se producirían. Hoy se puede decir que este argumento permanece vigente, ya que ni siquiera el liberalismo más radical ha levantado la voz en favor del patrón oro o de cualquier otra fórmula que devolviera al mercado monetario su carácter autorregulado con el consiguiente abandono de toda intervención de la política monetaria, aunque se discuta la conveniencia de acentuar o recortar esta intervención.

En lo que concierne al trabajo, Polanyi apunta

mo, reducido a la categoría de "fuerza de trabajo", pueda ser víctima del propio mercado de trabajo, al condenarlo en sus "ajustes" a la miseria e, incluso, a la muerte por inanición. Evidentemente la sociedad tuvo que defenderse de este peligro limitando el funcionamiento del mercado de trabajo con una legislación laboral que regulara las prestaciones y horarios, el salario mínimo, el subsidio de paro, etc., con las consiguientes quejas del liberalismo doctrinario.

Por último hoy estamos asistiendo a la necesidad de introducir nuevos recortes al mercado para evitar, como apuntaba Polanyi, que "transforme nuestro ecosistema en un desierto". Junto a la intervención tradicionalmente admitida sobre el mercado del suelo, se añaden ahora otras relativas al uso de los recursos naturales, tendentes a paliar sus incidencias negativas sobre la biosfera y la espécie humana. Así curiosamente, el Estado, después de haber "movilizado" la tierra y los recursos naturales, llevándolos al mercado, se ha visto obligado a ponerle coto, ejemplarizando el conflicto antes señalado entre el afán de implantar esa idea utópica de mercado y la necesidad de recortar su funcionamiento, para evitar las consecuencias catastróficas que acarrearía su plena

Otra cuestión de palpitante actualidad planteada por Polanyi, es que cuando el mercado domina las relaciones sociales y los esquemas mentales de una sociedad, se produce un reduccionismo tal que limita las perspectivas de cambio a dos posibilidades: o bien se prosigue afirmando la utopía del mercado, como expresión ilusoria de libertad, a costa de negar la realidad social o, por el contrario, se trata de afirmar esta realidad mediante intervencionismos de corte fascista o bolchevique que niegan la libertad. El hecho de que el fascismo fuera el peligro más preocupante para Polanyi, dada la época en la que fue escrita la obra, no hizo que este autor abrazara la causa del bolchevismo. Antes al contrario, este librepensador supo apreciar que los medios condicionan el fin y que el estalinismo difícilmente podía prometer la libertad. Hoy tras la antigua derrota de los fascismos y el reciente desvanecimiento de los socialismos, la crítica de Polanyi a los problemas que comporta la "solución" liberal cobra nueva fuerza. Pero consila contradicción que supone que el hombre mis- dero inadecuado el subtítulo "Crítica del liberalisBIBLIOTECA / 1: La gran transformación KARL POLANYI

mo económico" que lleva la reedición objeto de estos comentarios: este subtítulo podría situar implicitamente a Polanyi entre los intervencionistas más o menos obsoletos, cuando su empeño apuntaba a superar la dicotomía antes señalada que se ha seguido manteniendo, tras la caída de los fascismos, entre marxismo y liberalismo, entre propiedad privada individual y propiedad privada Estatal o entre la organización jerárquica de la empresa capitalista y aquella otra de la burocracia estatal.

Polanyi consideraba que la superación de esta dicotomía pasaba, en primer lugar, por la quiebra de la fe en la salvación de la sociedad por obra y gracia de la implantación de la idea utópica de mercado. La relativización de la idea de mercado y el tratamiento pragmático del intercambio mercantil, junto a la consciencia del carácter ambivalente de toda intervención, consideraba que abrirían la puerta a una era de libertad sin precedentes. Estimaba que sólo así el hombre podría alcanzar la madurez necesaria para existir en un sociedad compleja. Polanyi termina su obra con una cita de Owen, quien al decir de nuestro autor, "supo darse cuenta de que los evangelios ignoraban la realidad social", (no siendo el evangelio liberal una excepción). "Si alguna de las causas del mal no puede ser suprimida por los nuevos poderes que los hombres están a punto de adquirir, éstos sabrán que son males necesarios y dejarán de lamentarse inútilmente como si fueran niños".

EL ESTADO, PARTERA DEL **MERCADO**

El dogma liberal, constitutivo de la modernidad, que comparten en lo sustancial todas las ideologías políticas modernas, se basa en la naturalización del individuo posesivo y del Mercado autorregulador. La teoría deriva lógicamente éste, el Mercado autorregulador, de aquél, el individuo posesivo, pero su procedimiento de elaboración consiste realmente en una deducción inversa, basada en la previa abstracción de ambos a partir de la sociedad de su tiempo. 1018A

Veamos esa derivación lógica en el paradigmático caso de Locke. En su justificación del derecho individual a la propiedad —término bajo el que incluye la vida, la libertad y los bienes—empieza aceptando que la tierra y sus frutos fueron entregados originariamente a la humanidad en común. Pero el derecho de cada hombre particular a su propia conservación, que le exige atender a su subsistencia, le lleva a apropiarse de ellos, a hacerlos tan parte de sí mismo que ningún otro pueda ya tener derecho a ellos. En Locke la apropiación de los bienes es pre-requisito, se confunde prácticamente con su utilización individualmente provechosa.

Este derecho de apropiación individual deriva de una idea, compartida por todos los pensadores ingleses del siglo XVII, según la cual todo hombre tiene la propiedad de su propia persona. Tanto su trabajo como la obra de éste son sólo suvos, v nadie fuera de él tiene derecho alguno sobre ellos. El objeto principal de esta propiedad no es el fruto de la tierra, sino la tierra misma. "La extensión de tierra que un hombre labra, planta, mejora, cultiva y cuyo producto puede utilizar es de su propiedad", dice Locke. Mediante su trabajo hace como si la separara de las tierras comunes.

En un primer momento, Locke acepta dos limitaciones naturales de este derecho de propiedad: que se deje suficiente, y de igual calidad, para los demás; y que nada de lo acumulado se eche a perder o se destruya. Pero la invención del dinero, y el acuerdo tácito de los hombres a atribuirle un valor, anula estas limitaciones. Anula la segunda porque el oro y la plata, al no echarse a perder, permiten una acumulación ilimitada; y anula la

KARL POLANYI

otros, la utilización del dinero como capital, al impulsar el comercio y estimular la productividad de la tierra, acaba elevando el nivel de vida y, por tanto, beneficiando a aquellos mismos que priva de tierras. De este modo, Locke, al introducir el dinero y el comercio en el estado de naturaleza anterior al convenio que crea la sociedad civil, cuya única función será garantizar los derechos naturales previos y el cumplimiento de los contratos fundados en la natural razonabilidad moral de los hombres, no sólo justifica la apropiación especificamente capitalista de tierras y dinero, sino que además la presenta como beneficiosa para la humanidad. Dado que además justifica también la relación asalariada en el derecho natural que el individuo posee, en cuanto a propietario de su persona, a disponer de su trabajo, a cambiarlo o venderlo, Locke dibuja un estado de naturaleza que se confunde con un Mercado autorregulado elevado a lo que McPherson ha llamado sociedad posesiva de Mercado.

Sociedad, y no meramente economía, puesto que los vínculos económicos constituyen el único tejido social, sin que añada nada sustancial al mismo, el contrato que da origen al gobierno. Esta sociedad ideal de Locke, en la que todo, incluidos la tierra y el trabajo, es una mercancía y está sometido a la competencia y a un criterio de rentabilidad capitalista, está formada por individuos que identifican el uso con la apropiación, justifican la propiedad en el trabajo, poseen un deseo de apropiación ilimitada, actúan por el exclusivo fin del beneficio, viven en continua competencia, maximizan su rendimiento y tienen una natural e irresistible propensión al cambio. Este estado de naturaleza, que como siempre se empeña en verse parcialmente desmentido por la realidad efectiva, sólo necesita -para derramar sobre la humanidad todos sus benéficos efluvios- que los liberales convenzan al gobierno para que deje de interferir el funcionamiento natural y automático de la economía y se limite a su modesta pero necesaria función de gendarme.

El Mercado, esa excepción

La crítica marxista de las robinsonadas económicas, de las que sin embargo conserva más que las que confiesa, y sobre todo la difusión de la

primera porque, aunque no se deje tierra para literatura antropológica, ha hecho caer por los suelos toda presunción de que los referidos rasgos del individuo moderno tengan algo de natural —o tan siquiera de compartido— con los individuos empíricos de otras sociedades. En la casi totalidad de éstas no se identifica o asocia el uso y la apropiación, ni se conoce propiedad individual, y se desconoce por completo el motivo de la ganancia como el fundamental, así como el pago por el trabajo y el deseo de acumular. Son las relaciones sociales, antes que el cálculo de las ventajas materiales, las que impulsan a trabajar. Los incentivos más frecuentes son la reciprocidad, el papel de la actividad y la apropiación social. No se registra limitación del trabajo al mínimo inevitable, ni maximización económica de la actividad productiva. Abunda más el don y la distribución ceremonial que el estricto intercambio comercia! En realidad, no se trata sólo de que el comportamiento económico del individuo posesivo, del individuo natural del liberalismo, sea verdaderamente el de un bicho raro, una auténtica excepción dentro de la especie, sino de que, como podria mostrarse con infinitos ejemplos, ni tan siquiera es fácil encontrar en otras sociedades actividades estrictamente parangonables con nuestro trabajo y nuestra actividad económica.

Si excepcional es el individuo posesivo, igualmente excepcional es la economía de sistema de Mercado. Y el análisis de esta excepcionalidad, así como de su origen y de sus funestas consecuencias, constituye el nervio del magnífico ensayo que ahora presentamos, La Gran Transformación. Karl Polanyi insiste una y otra vez en la significación de que, con anterioridad a nuestro tiempo, nunca existió una economía que, aun en principio, estuviera controlada por los mercados. Pero esta doble excepcionalidad resulta menos difícil de asimilar por la ideología moderna que otro aspecto de nuestros orígenes desvelado igualmente por Polanyi. El marxismo, por ejemplo, olvidadizo de los fundamentos individualistas de la teoría del valor trabajo, y por tanto de algo tan crucial para su ideología revolucionaria como la teoría de la plusvalía, no duda en recitar la crítica del individualismo burgués y en insistir en la especificidad relativa de la sociedad capitalista; pero coincide, sin embargo, con el liberalismo en atribuir a leyes económicas automáticas al adveniBIBLIOTECA / 1: La gran transformación

KARL POLANYI

miento de dicha sociedad. La dinámica propia del Mercado en continuo crecimiento habría inundado poco a poco, como una marca incontenible, los menguantes territorios de economía pre-capi-

Pocos prejuicios tan arraigados en las ideologías modernas del más diverso signo que éste de la naturaleza expansiva y vampirizadora del Mercado. De él dependen otros prejuicios igualmente sólidos, como el que ve en la formación de las naciones un resultado político-ideológico de la configuración económica autónoma de un Mercado nacional, o el que concibe al Estado moderno como un mero instrumento en manos de una burguesía previamente arrastrada a la hegemonía social por el automovimiento de la economía. Y distinta manera.

Veamos lo que dice Polanyi en su investigación sobre la naturaleza y origen de los mercados. "El paso que transforma a mercados aislados en una economía mercantil, a los mercados en un Mercado autorregulador, es ciertamente vital. El siglo XIX, ya aclamara el hecho como la cumbre de la civilización o lo lamentara como un tumor canceroso, imaginó ingenuamente que tal acontecimiento era el resultado natural de la propagación de los mercados. No se comprendió que el engrane de los mercados en un sistema autorregulador de tremendo poder, no fue el resultado de ninguna tendencia inherente en los mercados hacia el aumento, sino más bien el efecto de estimulantes altamente artificiales administrados al organismo social, a fin de hacer frente a una situación que fue y organización. El comercio exterior —concluye creada por el fenómeno no menos artificial de la máquina. La naturaleza limitada y antiexpansiva de la estructura del Mercado como tal, no fue reconocida, y sin embargo éste es el hecho que surge con claridad de las investigaciones modernas."

La historia del comercio —la evolución de la estructura de los mercados— podemos dividirla en dos fases cualitativamente distintas: antes y después de la revolución industrial. Es decir, la fase de formación de un Mercado nacional y la fase de conversión de éste en un Mercado autorre gulado.

En relación con la primera etapa, hay que

distinguir entre el comercio de larga distancia, el comercio local, y el —mucho más tardío y notablemente diferente- comercio interno, territorial o nacional. El primero en nacer históricamente fue el comercio a larga distancia, surgido -según Polanyi, que coincide en este punto con Weberen una esfera externa, sin relación con la organización interna de la economía. Tal comercio continúa diciendo— no requirió necesariamente mercados, y tuvo originariamente más el carácter de aventura, exploración, caza, piratería y guerra que el de trueque. No implicaba necesariamente ni paz ni bilateralidad y, cuando éstas se daban, respondía más a un principio de reciprocidad de regalos que a un intercambio de mercancías.

En una fase posterior, este comercio, al que sin embargo, las cosas parecen haber ocurrido de habría que llamar más bien transporte, generó mercados externos. Mercados cualitativamente diferentes, por su función y origen, de los mercados locales y de los mercados internos. La diferencia entre el comercio exterior y el comercio local se relaciona con la distancia geográfica, estando, el uno, limitado a los artículos que no pueden salvarla y, el otro, solamente a aquéllos que pueden hacerlo. Pero ambos responden a un criterio de complementariedad de los productos intercambiados; y no conocen la competencia, que sólo se convierte en un principio general del comercio tras el surgimiento del comercio interno.

> Los mercados exteriores no tardaron en crear puertos, ferias y ciudades, pero en éstas se hallaban ciudadosamente separados de los mercados locales, tanto espacialmente como por su función Polanyi— no fue en modo alguno el padre natural del comercio interno o nacional, como tampoco lo fue el mercado local, al que cabría imaginar como su antecesor y generador en base a un incontenible crecimiento autónomo. Nada más lejos de la realidad, pues la institución de los mercados locales estuvo desde el principio rodeada por una serie de salvaguardas destinadas a proteger la organización económica dominante de la sociedad de toda ingerencia por parte de las prácticas del Mercado. Los factores limitadores surgen de todos los puntos del compás sociológico. Costumbre y ley, religión y magia contribuyen igualmente al resultado, que es limitar los actos del cambio con respecto a personas y objetos, tiempo y ocasión. Y

BIBLIOTECA / 1: La gran transformación

en consecuencia los mercados locales permanecen subordinados a los otros principios de conducta económica que prevalecen en la sociedad en cuestión; sean éstos la reciprocidad, la distribución ceremonial o la autarquía doméstica; e incluso cuando dan origen a villas y ciudades la paradójica función de estas hijas de los mercados locales es contenerlos, en el doble sentido de la palabra: darles cabida y evitar su expansión.

Las ciudades contra el Mercado

Por importantes que fueran estos mercados vecinales para la comunidad, en ningún otro punto -dice Polanyi- mostraron intención alguna de reducir el sistema económico existente a su estructura. No fueron puntos de partida del comercio interno o nacional. Su conclusión respecto a este último es que el comercio interno en Europa Occidental fue, en realidad, creado con la intervención del Estado. Hasta el momento mismo de la revolución comercial, lo que pudiera parecernos comercio nacional no fue nacional sino municipal. El mapa comercial de la Europa de este período debería justamente mostrar sólo ciudades y dejar en blanco el campo, que podría muy bien no haber existido por lo que al comercio organizado atañe. Las llamadas naciones eran simplemente unidades políticas y sin gran cohesión, que económicamente consistían en innumerables hogares, pequeños y mayores, que se bastaban a sí mismos, e insignificantes mercados locales en las aldeas. El comercio estaba limitado a poblaciones organizadas que lo realizaban localmente como intercambio vecinal o como comercio a larga distancia. Ambos estaban estrictamente separados y no se permitía que ninguno de ellos se infiltrara en el país de forma indiscriminada.

Esta separación permanente del comercio local y el comercio de larga distancia dentro de la organización de la ciudad es, para Polanyi, la llave de la historia social de la vida urbana en Europa Occidental. Los burgueses de las ciudades medievales podían controlar el comercio local, pero el comercio a larga distancia escapaba a sus reglamentaciones y amenazaba su poder. Tanto el comercio al por mayor, ejercido con métodos capitalistas por mercaderes extranjeros, como la exportación de productos industriales, cuya producción sobre base asalariada no estaba limitada,

como la destinada al mercado laboral, por las necesidades de los productores y que sólo formalmente se hallaba bajo el control de las corporaciones de oficios.

"Una separación cada vez más estricta entre el comercio local y el de exportación fue la reacción de la vida urbana ante la amenaza del capital móvil de desintegrar las instituciones de la ciudad", escribe Polanyi. La ciudad típica medieval no trató de evitar el peligro, salvando la brecha entre el mercado local controlable y las rarezas de un comercio de larga distancia imposible de controlar; sino que hizo frente al peligro aplicando con el mayor rigor aquella política de exclusión que era la llave de su existencia. En la práctica, esto significó que las ciudades opusieron todos los obstáculos posibles a la formación de aquel Mercado nacional o interno, en favor del cual presionaba el mayorista capitalista.

Manteniendo el principio de un comercio local no competitivo y un comercio de larga distancia, igualmente no competitivo, efectuado de ciudad en ciudad, los burgueses obstaculizaron, con todos los medios de que disponían, la inclusión del campo dentro del compás del comercio y la iniciación de un comercio sin discriminación entre las ciudades del país. Este acontecimiento llevó a primer plano al Estado territorial como el instrumento de nacionalización del Mercado y el creador del comercio interno. La acción deliberada del Estado en los siglos XV y XVI impuso el sistema mercantil en las ciudades y principados, curiosamente proteccionistas. El mercantilismo destruyó el gastado particularismo del comercio local e intermunicipal, derribando las barreras que separaban esos dos tipos de comercio no competitivo y allanando así el camino para un Mercado nacional, que ignoró en forma creciente la distinción entre la ciudad y el campo, así como la existente entre las diversas ciudades y provincias.

Pero el Estado moderno, al tiempo que crea un Mercado nacional unificado, somete la vida económica a una estricta reglamentación económica. En realidad, generaliza y amplía, a escala nacional, la anterior reglamentación municipal. Así resultó que, si bien los nuevos mercados nacionales fueron inevitablemente competitivos hasta cierto punto, lo que prevaleció fue el rasgo tradicional de la reglamentación y no el nuevo elemento de comKARL POLANYI

petencia. El hogar autosuficiente del campesino que trabajaba para su subsistencia continuó siendo la base amplia del sistema económico, que iba siendo integrado en grandes unidades nacionales mediante la formación del Mercado interno, el cual ocupó desde entonces su lugar junto a los mercados locales extranjeros, invadiendo parcial y progresivamente sus límites.

Tenemos ya configurado un Mercado unificado, pero no todavía un Mercado autorregulado pues, bajo el mercantilismo, esa política distintiva y conformadora de la Nación-Estado occidental, el sistema económico fue sumergido en las relaciones sociales generales. Los mercados fueron simplemente un rasgo accesorio y una estructura institucional controlada y regulada más que nunca por la autoridad social; es decir, ni la totalidad de la vida económica estaba sometida al Mercado, ni la sociedad se supeditaba a una economía autónoma. El paso de un Mercado regulado por la sociedad a un Mercado autorregulado y regulador de la sociedad, paso exigido por el liberalismo y que es su obra, implicaba una transformación de larguísimo alcance: la inclusión del trabajo, la tierra y el dinero en el mecanismo del Mercado. No podemos entrar aquí en el complejo conglomerado de causas encadenadas que generaron la revolución industrial y, con ella, la transición de un capitalismo comercial, que podía coexistir con otros principios de funcionamiento económico y no necesitaba digerir la sociedad, a un capitalismo industrial vampirizador de la sustancia social, ni es éste tampoco el lugar para señalar los eslabones ideológicos y éticos de esa cadena causal que impiden ver el proceso como una pura necesidad económica, tales como la configuración de una concepción instrumental de la razón o el cambio en la valoración religiosa del trabajo.

Sin perder esto de vista, lo que aquí nos importa son sus efectos. La rentabilidad de la maquinaria, cada vez más complicada y cara, y el rendimiento del sistema fabril exigieron la permanente disponibilidad de todos los factores de producción, incluidos trabajo y materias primas, es decir, hombre y naturaleza. Y así como fue el Estado el creador del Mercado nacional, también será de nuevo el Estado el encargado de trasladar a la realidad lo que Polanyi llama ficción liberal de que la tierra, el trabajo y el dinero son artículos de

consumo que deben someterse a los mecanismos del Mercado.

El descoyuntamiento de la comunidad

La creación artificial de un Mercado autorregulado, al que la ideología liberal presenta como un hecho natural, no es simplemente, como la reproyección de nuestra ideología económica nos presenta, una reforma económica; sino e. descoyuntamiento de las bases mínimas de toda sociedad para que la economía pueda nacer. Polanyi ha insistido en dos aspectos fundamentales de esta transformación: el paradójico papel protagonista del Estado y su carácter de verdadera convul-(sión cultural, de alteración de las bases de la civilización.

Por una parte, escribe, separar al trabajo de otras actividades de la vida y someterlo a las leyes del Mercado, fue aniquilar todas las formas orgánicas de la existencia y reemplazarlas por un tipo diferente de organización, atomística e individualista. El principio de la libertad de contratación significó la aniquilación de todas las organizaciones no contractuales de parentesco, vecindad, profesión y credo. Además, tradicionalmente la tierra y el trabajo no están separados. El trabajo forma parte de la vida, la tierra sigue siendo parte de la naturaleza. La vida y la naturaleza forman un todo articulado. Así pues, la tierra está unida a las relaciones de parentesco, vecindad, oficio y credo. La función económica no es más que una de las muchas funciones vitales de la tierra. Los cambios en la propiedad y en el régimen de trabajo introducidos por el capitalismo, tal y como tendemos a verlo desde nuestra perspectiva estrechamente económica, no son sino una parte mínima y marginal de la brutal transformación que supone el establecimiento de un Mercado autorregulado, cuyos efectos sociales compara Polanyi con la desarticulación del tejido social operada por el colonialismo en los pueblos primitivos.

Esta especie de autocolonización de la sociedad occidental por el Mercado, que supuso la conversión del trabajo y la tierra en mercancía, suprimió todo lo que en las colectividades humanas había de comunitario en el sentido de tecnis, privó de significación social a todas las manifestaciones de la voluntad esencial o natural, y rompió todos los vínculos orgánicos entre los hombres.

BIBLIOTECA / 1: La gran transformación

KARL POLANYI

Destruyó, en definitiva, las bases comunitarias en que hasta entonces se habían basado todas las formas de sociedad.

Siendo esto así, nada puede ser más lógico que la oposición, por parte de la sociedad como un todo, de fuertes resistencias a esta brutal transformación. Desde la temprana oposición a los cercados hasta las sucesivas leves de pobres que difilcutaron la creación de un Mercado de la tierra y del trabajo en Inglaterra, fueron muchas las medidas de espontánea resistencia social cuya significación transciende con mucho, para Polanyi, la mera defensa de intereses de clase que el marxismo nos ha enseñado a leer, de forma exclusiva y simplificadora, como clave única de esa historia.

Esta resistencia tenía que ser rota, y sólo podía serlo por el Estado. Polanyi es claro en este punto. No hubo nada natural en el laissez faire. Los mercados libres no hubieran podido surgir dejando simplemente que las cosas siguieran su curso. Así como las fábricas de algodón, la principal industria del libre cambio, fueron creadas con ayuda de tarifas protectoras, primas a la exportación y subsidios indirectos a los salarios, el propio laissez faire fue puesto en vigor por el Estado. La década de 1830 a 1840 vio no sólo un cúmulo de leyes que anulaban las reglamentaciones restrictivas, sino también un enorme aumento de las funciones administrativas del Estado, que contaba ahora con una burocracia central capaz de realizar las tareas fijadas por los partidarios del liberalismo. El camino del Mercado libre fue abierto —y se mantuvo abierto - mediante un enorme aumento en el intervencionismo contínuo, centralmente organizado y controlado. La introducción de los mercados libres, lejos de eliminar la necesidad de control, regulación e intervención, aumentó enormemente su alcance; es decir, el liberalismo económico no fue en la práctica un movimiento antiestatalista, tendente a liberar a la sociedad de la abusiva tutela del Estado, sino la más feroz ofensiva estatal contra la sociedad que la historia ha conocido con anterioridad al estalinismo. Una auténtica demolición por el Estado de las bases mismas de la sociedad. Con los fragmentos individuales resultantes de la descomposición de ésta teje su telaraña el Mercado autorregulador, y se configura un nuevo tipo de sociedad mercantil individualista, basada en la separación institucio- que fue la Banca central moderna), constituye

nal de una esfera política y una esfera económica que, por primera vez en la historia, se constituye como un dominio autónomo e independiente, movido por leyes propias, que impone, además, a la totalidad de la sociedad.

Para Polanyi, la historia del Mercado autorregulador, de su configuración y evolución, se confunde con la historia de la agresión estatal de los liberales a las bases comunitarias de la sociedad y de la espontánea reacción defensiva de ésta. Reacción que es inicialmente una resistencia a la introducción total y sin paliativos de la tierra y el trabajo en los engranajes del Mercado. Y más tarde, tras la victoria liberal y la imposición de laissez faire (se entiende), una lucha contra los efectos mutiladores y degradantes, destructores de las sustancia social que las leyes de la economía mercantil tenían en la naturaleza y los hombres, convetidos ya, una y otros, en pura mercancia.

Polanyi demuestra de manera convincente cómo, al contrario de lo ocurrido con el intervencionismo liberal, el movimiento proteccionista que, en países de las más diversas características y regidos por gobiernos del más diverso signo político e ideológico, siguió al establecimiento de una economía plena de Mercado no estuvo precedido de ninguna campaña ideológica consciente y aislable, no fue la deliberada aplicación de un provecto previamente elaborado, sino que muestra todas las características, éste sí, de un proceso espontáneo, de carácter no unitario ni ideológicamente coherente sino fragmentario y pragmático, hecho de medidas parciales y aisladas, justificadas del más diverso modo en función de la ideología del gobierno que las adoptaba.

No debe pensarse que fueron sólo la tierra y el trabajo los beneficiarios de este generalizado proteccionismo de sentido común, como si las restricciones a la movilización sin trabas de toda la tierra, o las conquistas legales y sindicales de los trabajadores, que limitaban la completa libertad del mercado de trabajo, obedecieran exclusivamente a motivaciones humanitarias y ecológicas avant la lettre. El hecho de que los propios negocios capitalistas tuvieran que ser protegidas del funcionamiento sin restricciones del mecanismo del Mercado (como lo demuestra la organización de ese instrumento de protección de la sociedad

Archipiélago / 5

149

BIBLIOTECA / 1: La gran transformación

KARL POLANYI

para Polanyi la mejor prueba de que el problema no radicaba en una defensa --más o menos romántica o caritativa— del hombre y la naturaleza, sino en la evitación de un verdadero colapso de la sociedad; colapso que dichas medidas protectivas sólo consiguieron, en su opinión, retrasar, diferir o, como mucho, suavizar, pues el cataclismo de la segunda guerra mundial aparece, a sus ojos, como la inevitable némesis de la utópica aspiración a implantar un imposible Mercado autorregulador.

La dificultad de ver

La ficción liberal de que el dinero era una mercancia más, un simple artículo, habitualmente oro o plata, que funcionaba como dinero, pero que se hallaba, al igual que el resto de las mercancias, sometido a las leyes del Mercado libre, fue negada en la práctica por la adopción nacional de una moneda artificial, y la organización de la banca central, cuya principal significación institucional radica en que suponía el traslado de la política monetaria a la esfera de la política, su conversión en una forma más de intervencionismo estatal.

El paralelo mantenimiento de la ficción del patrón oro en la esfera del comercio internacional, en clara contradicción con el proteccionismo monetario nacional, no podía obviamente durar demasiado; y la utopía de un Mercado autorregulador pacífico en el plano internacional se estrelló, tras la crisis del patrón oro, contra la lucha por la supervivencia de unas colectividades nacionales, internamente disgregadas y en crisis, cuyo único elemento de cohesión comunitaria era ya la moneda nacional y la necesidad de defenderla mediante la guerra. Pues, entre tanto, y a pesar de la espontánea autodefensa de la sociedad, los mecanismos del Mercado habían ido derruyendo todas las formas tradicionales de comunidad, disgregándolas en su sátomos individuales y haciendo aparecer, en virtud de ello, las diferentes manifestaciones de resistencia social al Mercado como mera defensa de intereses económicos sec-

Lo que hoy nos impide ver que, en distintas ocasiones a lo largo del siglo XIX, cada clase social defendió, aunque fuera inconscientemente, intereses más vastos que los suyos propios (y ello no sólo, como el progresismo liberal y marxista qui-

siera, la burguesía ascendente, sino, sobre todo, la aristocracia terrateniente y el campesinado, por una parte, y la masa proletarizada y los obreros por otra), lo que nos impide aceptar —decíamos— el componente de universalidad y de defensa global de las bases de la sociedad que había en muchas de las contradictorias acciones y reclamaciones de unos y otros, es la pérdida moderna de todo sentido comunitario, la difuminación de la percepción holista de la sociedad, el adormecimiento de la sensibilidad a cualquier aspecto de la vida que rebase el ámbito individual (pérdida que fue produciéndose, poco a poco, precisamente a lo largo del proceso que nos ocupa y que terminó por generar una visión del Estado como mero instrumento de intereses individuales o sectoriales); es decir, que mientras que, por una parte, la encarnación práctica de la utopía liberal generaba tensiones y conflictos sin precedentes, tanto en la esfera nacional como internacional, tenía, por otra parte, como efecto ideológico, la generalización de un individualismo económico que dificultaba enormemente la edificación sobre su base de una conciencia comunitaria y un consenso social, no pareciendo dejar otra alternativa, para la consecución de la indispensable cohesión colectiva, que el recurso a un patrioterismo histérico reforzado por la guerra o la exaltación de una mística de clase hipostasiada en Estado.

Las dificultades que encuentra para encarnarse en la realidad, sin graves conflictos, la utopía liberal de una sociedad posesiva de Mercado autorregulado, de una sociedad edificada sobre la exclusiva base de un Mercado autorregulador, las registra asimismo en el plano teórico la ideología liberal para conducir al individuo posesivo, que esa sociedad genera, a la plena asunción de sus obligaciones políticas.

Más en general: el problema fundamental de todas las ideologías políticas de la modernidad estriba en cómo rehacer la dimensión comunitaria, que el individuo ha necesitado deshacer para emerger, cómo reconstruir artificialmente, partiendo del homo economicus, el tejido social vivido anteriormente como algo natural. Y a esta reiterada y, aún así, urgente y angustiosa pregunta, conduce también de modo fatal el soberbio e injustamente obliterado ensayo de Karl Polanyi.

Transcripción: Carlos Lapeña

EL CAOS ¿UN NUEVO PARADIGMA? EMMANUEL LIZCANO

ACTUALIDAD DE LA HERMENEÚTICA ANGEL CARLOS GARCÍA

ENCUENTRO CON LOS ENCUENTROS MERCEDES SORIANO ANÁLISIS SIN ADIVINACIÓN

JAIME JEREZ

EL CAOS ¿UN NUE-VO PARAĎIGMA?

El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Georges Balandier. Ed. Gedisa, Barcelona, 1989, 237 pgs.

Caos. La creación de una ciencia. James Gleick. Ed. Seix-Barral, Barcelona, 1988, 358 pgs.

Que la anarquía es la máxima expresión del orden es ya una clásica afirmación de la razón ácrata. Que las energías y las gentes, en su espontáneo y turbulento discurrir, libres de todo orden impuesto, son capaces de autoorganización y sabiduría, marca aún la diferencia anárquica respecto de los —para esa forma de razón— autoritarios/reformistas. Pero hasta los anarquistas —salvo explosivas excepciones—se han cuidado siempre muy mucho de rechazar la identificación de anarquía con caos en que se empeña la derecha/izquierda. Su escrupulosa ética, su intransigencia organizativa, el asfixiante pormenor de sus utopías o su cierre conceptual en torno a "la Idea" parecen esforzarse por ahuyentar tal confusión.

Pero héte aquí que, en los últimos sólo quince años, investigadores procedentes de disciplinas tan dispares como la biología, la demografía, la meteorología, la economía, la física, la psquiatría, la matemática, la cardiología o la ecología no le hurtan la cara al caos y empiezan a entrever en su fondo turbulento formas de insólita belleza. La misma ciencia que leyes inmutables con que sustituir el orden vacante de la religión, es la que se lanza ahora a explorar las más extremas consecuencias de aquel postulado anárquico. El caos es fecundo, alumbra otros órdenes; al tiempo que el orden es un cierto modo de caos. El viejo paradigma se invierte: tras siglos de esfuerzos por extender el imperio de la ley y el orden, el caos irrumpe en su corazón mismo; pero ya no como sinrazón, enfermedad o desvarío sino como radical fundamento, salud y sentido. Para algunos se trata de la tercera revolución científica del siglo: tras los paradigmas cuántico y relativista, el del caos altera de nuevo lo que se entiende por 'hechos' (se ven 'cosas' donde antes no se veía nada y otras se diluyen como fantasmas) y la forma de acercarse a

De la que amenaza con convertirse en caótica proliferación de publicaciones sobre el tema, hemos seleccionado dos recientes versiones al castellano¹. El libro de J. Gleick, redactor del New Times, no es, con toda seguridad, la introducción más rigurosa a los recientes estudios científicos en torno al caos, pero sí es difícil encontrar otra más amena; accesible y completa (pese a lagunas tan principales como las que dejan R. Thom, I. Prigogine o E. Morin). G. Balandier, etnólogo y director de los Cahiers Internationaux de Sociologie, sondea algunas posibles extrapolaciones de lo que él llama caología al caos de lo social, en el espíritu de un "elogio de la fecundidad del movimiento". Su texto salva en parte las mencionadas lagunas del de Gleik, al tiempo nació obsesionada por encontrar | que, por sus tan distintas intencio-

nes, entre ambos se prestan metáforas que multiplican su efecto evocador. No faltarán científicos comme il faut que clamen al cielo por tan "abusivas extrapolaciones", olvidando que sin ellas ni la ciencia —y en particular la del caos— hubiera dado un solo paso más allá del sentido común ni ellos estarían ahora cobrando por investigar, por ejemplo, en análisis no lineal o dinámica del no-equi-

"Como una barredura de cosas esparcidas al azar, así fuera el bellísimo cosmos" es intuición que se atribuye a Heráclito, a quien se tachó de oscuro. Para la primitiva gnosis, de quien no se denunció menos su alianza con las tinieblas, el mundo es un disparate traído a ser por un demiurgo atolondrado. Pero los pre-supuestos que fundan la razón occidental moderna son muy otros. Son los de la luz, frente a las tinieblas; los del orden, para combatir el caos. Nuestra razón se re-conoce y se re-crea en lo que permanece, en las sustancias, en la estabilidad, en el estado (físico) y en el Estado (político); pero se agarrota ante la alteración (del estado físico o del político) y se crispa frente a la perturbación. Para ella el caos es pura sinrazón, no tiene otra función que la de poder invocarlo a conveniencia para robustecer su enfermiza pasión por el orden: desde los fantásticos torbellinos con que Descartes imaginaba alimentar su cosmos inerte hasta los consabidos "o yo o el caos" con que el político de turno disciplina al electorado. ¡El caos! ¿Y por qué no?

Por más que en el laboratorio se intenten controlar las condiciones del experimento o florezcan